

Consideraciones acerca de las clases sociales en el Partido Revolucionario Cubano. El concepto de equilibrio social.

José Martí concibió el Partido Revolucionario Cubano (en lo adelante PRC) como su ideal de República inclusiva y democrática para Cuba. La superación del pensamiento martiano respecto al precedente y contemporáneo a él estriba en su concepción sobre una práctica social inclusiva, precepto que considera imprescindible para buscar soluciones propias a nuestros propios conflictos. A partir de ella edifica un programa socio político que ofrece una propuesta contextualizada a la realidad cubana al no excluir los elementos sociales heterogéneos que la conforman y buscar el equilibrio de estos.

En los documentos fundacionales se explicita que el Partido quiere allegarse la voluntad del mayor número de cubanos posible. En la primera de las Resoluciones, se define la necesidad urgente “de reunir en acción común (...) a todos los elementos revolucionarios honrados” (1: 272), y en la tercera aboga por la agrupación de “todas las fuerzas vivas de la patria” (1: 272). En el primer artículo de las Bases, se declara que se constituye para reunir los esfuerzos de “todos los hombres de buena voluntad” (1: 279); y en el cuarto, que uno de sus propósitos era asegurar “el equilibrio de las fuerzas sociales” (1: 279). En los Estatutos secretos, entre los deberes de las Asociaciones, sobresale el de “Unir (...) cuantos elementos de toda especie le sean allegables” (2:281).

El Apóstol edifica ese ideal inclusivo, que resume la madurez de su cultura política, a partir de siete tesis fundamentales, dialécticamente interrelacionadas:

- El estudio de la situación del país: los factores históricos, políticos, económicos, sociales, culturales y espirituales.
- El ajuste a la realidad y las necesidades del país y el rechazo a aplicar prácticas políticas surgidas de otras experiencias históricas.
- La importancia de la cuestión social en la vida política del país.
- La necesidad de la unidad en la diversidad del pueblo cubano.
- Sus concepciones sobre política, partido y pueblo.
- Los presupuestos filosófico antropológicos de su pensamiento como: la identidad del hombre, su comprensión de la naturaleza humana, el principio del equilibrio y la armonía en el universo, su analogía entre la igualdad social y la equidad de la naturaleza, el amor como potencia unificadora y la concordia como política de cimiento y abrazo.
- Su idea sobre la futura república o república nueva, como fruto de una labor de ordenamiento y previsión, que debía gestarse desde la creación del Partido y durante la guerra.

Primera tesis: El estudio de la situación del país.

Martí justiprecia la necesidad del conocimiento de "los rudimentos de la política", que se traduce en “el examen detallado de nuestros temas de ordenamiento y constitución” (4: 250), o “el estudio de las cuestiones esenciales de la patria” (19: 160). Concibe una “política autóctona y veraz” -que tenga- "bajo los pies la realidad del suelo nativo (...)" (2: 296).

Ante todo, realizó un análisis acucioso de las causas de la derrota de la primera y segunda guerra, en su afán de allanar dificultades y evitar peligros que pudieran dificultar el nuevo intento. Este estudio se enriqueció y maduró durante doce años de ferviente labor revolucionaria, de organización y preparación. Expone:

“Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podrían entorpecer o ayudar la pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola (...) los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; (...) hemos reunido (...) los componentes sin cuya colaboración afectuosa no puede aunarse en la libertad durable nuestra tierra heterogénea” (4: 261).

La proyección social de Martí se centra en una realidad colonial y busca una solución ajustada a ese estatus. Se trataba de “fundar, con los restos de una colonia de esclavos sobre esclavos”. (1: 271) Como líder político, entendió que la estrategia más adecuada, en su contexto, era abogar por la unidad social, en vez de pensar en términos de clases: “La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían” (4:236).

Entre los lastres a evitar se encontraban las pasiones de mando y de localidad. Por ello aclara que el PRC existe “para preparar la guerra de manera que entren en ella los cubanos todos y las comarcas todas, y se eviten (...) los celos de regiones o regionalismos (...)” (2: 274). Para prevenir posibles conflictos generacionales, explica: “Son los padres de ayer, que vuelven: y sus hijos” (2, 275). Con similares intenciones, exalta “El civismo de sus guerreros; (...) el cultivo y benignidad de sus artesanos; (...) la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; (...) y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto (...)” (4: 98). Se proponía desvanecer los rencores entre libertos descontentos y los amos que vieran perdidos sus privilegios, así como cualquier división de las emigraciones entre sí y entre los cubanos de la emigración y de la Isla.

También intenta evitar el divorcio entre los hombres cultos y los menos cultivados. Predica unir la razón y la lanza para que “el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los celos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra “¡hermanos!” Obra de hombre prometemos” (4: 255).

Segunda tesis: El ajuste a la realidad y las necesidades del país.

El Maestro se propone conscientemente evitar “la imitación de métodos extranjeros” (2:274). Conoce que las condiciones económicas y sociales de Estados Unidos y Europa eran diferentes a las de los países periféricos coloniales o poscoloniales de Latinoamérica en la segunda mitad del siglo XIX. Refrenda: “Que no tenemos que heredar, acá en la América libre, los odios ni los términos de las monarquías europeas, sino conquistar, con el derecho del mérito igual, la igualdad apetecible entre los hombres” (2:17).

Piensa que “las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas, donde se adora todavía a las divinidades salvajes” (19:160). Es partidario de que “Cada pueblo se cura conforme a su naturaleza (...) Ni Saint-Simon, ni Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin. Las reformas que nos vengan al cuerpo. Asimilarse lo útil es tan juicioso, como insensato imitar a ciegas” (12:378).

En 1892, evalúa el problema del obrero cubano como “picado de extranjerismo (...) -¡y se nos queman los labios de estas palabras innecesarias de «obreros» y de «clase» (...)” (2:52).

Y aboga por “el ajuste equitativo de los intereses encontrados y la razón que ha de venir de los arreglos económicos entre los factores de la producción (...)” (2:52). Resume como creencia: “Hermanar es nuestro oficio (...) Enoja, oír hablar de clases. Reconocer que existen es contribuir a ellas” (5:52-53).

La burguesía criolla había desempeñado un papel progresista en las luchas por la independencia: “En Cuba, los dueños libertaron con sus manos a sus siervos (...)” (5:326). Sin embargo, no ignoraba que los hacendados pudieran ver amenazadas, con la guerra, sus propiedades y su riqueza material por lo que es recurrente su preocupación por las diferencias de caracteres y los intereses irreconciliables y distintos. Pero, piensa que las divergencias internas debían subordinarse al bien del país: “Lo que ha de preguntarse no es si piensan como nosotros; ¡sino si (...) en vez del odio raquíptico a lo inferior en orden social, a lo que comulga en el propio templo (...) demuestran la determinación conocida de obrar sin odio (...)!” (4:220). Y esclarece:

Con ese cuidado escrupuloso vivimos; todos esos problemas conocemos; nos ocupamos firmemente, no en llevar a nuestra tierra invasiones ciegas, ni capitanías militares, ni arrogancias de partido vencedor, sino en amasar la levadura de república que hará falta mañana (...) a un país (...) que está compuesto de elementos tan varios, tan suspicaces, de amalgama tan difícil, que los choques ya se vislumbran, y que (...) sólo pueden evitarse con el exquisito tacto político que viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor. (4:220)

En un artículo publicado en *Patria*, en 1892, evidencia su conocimiento sobre el problema de la oposición entre las tendencias conservadoras y liberales. Aunque extenso, por lo revelador, es válido citar ese texto, y centrar la atención en la segunda idea, que se deriva de la primera:

(...) Partido Revolucionario Cubano, que no es en estos instantes, como los partidos políticos suelen ser, mera agrupación (...) de hombres que aspiran al triunfo de determinado modo de gobierno, sino reunión (...) de los que aspiran (...) a (...) alzar una república instable que, por no traer en el corazón a sus hijos todos, cayera por la ira de los hijos expulsos, o viviese ocupada en reparar, como otras repúblicas, los daños de un combate interno que puede atajarse en la raíz. Tienen otros pueblos, y entienden que es trabajo suficiente, un solo problema esencial; en uno, es el de acomodar las razas diferentes que lo habitan; en otro, es el de emanciparse sin peligro de los compromisos de geografía o historia que estorban su marcha libre; en otro, es, principalmente, el conflicto entre las dos tendencias, la autoritaria y la generosa, que con los nombres usuales de conservadores y liberales dividen a los pueblos. Y en Cuba (...) hay que resolver a la vez los tres problemas. (2:21-22)

Tampoco desconoce las diferentes corrientes políticas existentes en Cuba ni los intereses divergentes que pudieran existir dentro del país:

(...) analizó el Delegado (...) los tres fenómenos pasajeros de la política de Cuba: el anexionismo, el autonomismo, y el anarquismo (...) la importancia de abrir la república a todas las ideas para que el clamor de la idea desdeñada (...) no trastornase, con el poder de aquella parte de la naturaleza humana de que es forma en la política cada partido (...) y la urgencia, y el deber supremo nacional, de impedir

que la revolución surja (...) sin la concordia sincera y equilibrio de todos los elementos indispensables para el éxito de la guerra, y la paz y prosperidad de Cuba. (2-114)

Se trata de su singular visión sobre la realidad concreta del tiempo y lugar a cuyo servicio consagra su ideario. Cuando vislumbra el porvenir del país, se propone “en vez de trabajar sin fe (...) en pro de una fórmula postiza, condenada de antemano, por la fuerza de lo real, a corta duración, se atiende, con el oído puesto al suelo (...) el espíritu vivo de la patria; a la recomposición de sus elementos históricos (...)” (4:221).

Martí es partidario de que "Cuando un pueblo se divide, se mata" (8: 336). Entiende que en nuestros países colonizados, ante todo, había que fomentar la unidad e integrar a las masas populares ya que la nueva gesta emancipadora no debía descansar solo en la pequeña burguesía como había ocurrido en 1868. Era necesario incorporar a todos los sectores sociales, sin discriminación de ningún tipo, para lograr la unidad y la plena participación popular como factor primordial en el empeño de construir un proyecto verdaderamente democrático.

Tercera tesis: La importancia de la cuestión social en la vida política del país.

En fecha tan temprana como enero de 1876, ya apreciaba: “Hemos hecho muchas revoluciones de principios; pero todas estas serán infructíferas mientras no hagamos una revolución de esencia. Se está consumando el ideal político; pero necesitamos para realizarlo de la unidad social (...)” (2: 266).

En carta a Maceo, en 1882, le revela: “(...) a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social (...)” (1: 172). Siete años después, en carta a Serafín Bello, reitera: “Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes (...)” (1: 253-254). En ambas misivas desarrolla con amplitud el tema. No se profundizará en esta tesis ya que la misma está abordada transversalmente en las restantes.

Cuarta tesis: Presupuestos filosófico antropológicos de su pensamiento

A partir de su noción sobre la identidad universal del hombre, Martí solo distinguía a los hombres por sus virtudes, por el egoísmo o el desinterés. Defendía que la naturaleza humana era noble por esencia y que el éxito estribaba en cultivar lo mejor de ella. Por encima de las diferencias de caracteres, apeló al sentimiento de amor a la libertad y a la disposición de pelear por ella, en causa común por el bien común: “Pero los pueblos no están hechos de los hombres como debieran ser, sino de los hombres como son. Y las revoluciones no triunfan, y los pueblos no se mejoran si aguardan a que la naturaleza humana cambie; sino que han de obrar conforme a la naturaleza humana y de batallar con los hombres como son, -o contra ellos” (2: 62).

Refuerza esta creencia con otro juicio similar, en el que también apela al principio del equilibrio y la armonía en la naturaleza: “Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es. ¡Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus ímpetus e intereses. Vea el que desconfíe a la naturaleza equilibrada y triunfante” (4: 265).

Otro precepto que sustenta su convicción sobre la unidad estriba en su analogía entre la igualdad social y la equidad de la naturaleza. Por encima de cualquier clasificación

discriminatoria, defiende: “Pero si igualdad social quiere decir el trato respetuoso y equitativo (...) de los hombres de un color u otro (...) la igualdad social no es más que reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza” (1: 320). Para lograr esa obra extensa de unidad, invoca a “la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza (...)” (4: 237). Vislumbra: “Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo (...)” (4: 255).

Quinta tesis: La necesidad de la unidad en la diversidad del pueblo cubano.

La situación etnosocial de Cuba era distinta incluso a la de otros países latinoamericanos. Nuestro Héroe Nacional entendió que el problema de Cuba, que se debatía entre la producción de azúcar y la esclavitud, no era el del indio del que habían nacido las repúblicas hispanoamericanas, sino el del negro, de ahí que defiende que la solución social al problema cubano “no puede lograrse sino con aquel amor y perdón de una y otra raza (...) Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen” (1: 172). Y agrega: “No puede Ud. imaginar, la especialísima ternura con que pienso en estos males, y en la manera, no vociferadora, ni ostensible -sino callada, activa, amorosa, evangélica de remediarlos” (1: 172).

Entre los libros que proyectaba escribir figuraba uno sobre la raza negra, el que pretendía: “Desentrañar los elementos de la población cubana: desfiarlos hito a hito: ver lo que resultará de ponerlos en juego común: prever los resultados: señalar los medios probables de irlos dirigiendo para bien, y de atenuar los males que surjan de los varios choques” (18: 284).

Es consciente de que el régimen colonial, para mantenerse, apelaba, entre otros métodos, a la división entre los cubanos avivando los prejuicios y conflictos y oponiendo a unos sectores contra otros: “Cree el gobierno de España (...) que hay en Cuba -contra toda verdad- un miedo sincero al predominio de la raza negra en la revolución (...)” (3: 104). Y devela: “Sobre esos miedos se apoya, sagacísimamente, el gobierno” (3: 105).

La burguesía criolla había desempeñado un papel progresista en las luchas por la independencia: “En Cuba, los dueños libertaron con sus manos a sus siervos (...)” (5:326). Como parte de su prédica antirracista, defiende que durante la guerra de los Diez Años habían peleado juntos negros y blancos: “En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro” (2:299).

El antirracismo martiano tiene un basamento filosófico antropológico para despojar la categoría “raza” de todo carácter excluyente: “No hay odio de razas, porque no hay razas (...) El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y color” (6: 22).

El régimen español, en su afán por dividir a los cubanos y debilitar la causa independentista, azuzaba otros conflictos como los que pudieran sobrevenir entre cubanos y españoles. A ello responde Martí: “La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá[n] gozar respetado[s], y aun amado[s], de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino” (4: 94). Recalca “la

voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad [nos] ayuden a conquistarla en Cuba (...)” (4: 99).

A las pretensiones de desunir a los cubanos, contrapone la táctica de la unidad: “A un plan obedece nuestro enemigo: el de enconarnos, dispersarnos, dividirnos, ahogarnos. Por eso obedecemos nosotros a otro plan: (...) apretarnos, juntarnos (...) Plan contra plan” (2: 15).

El Maestro hace empleo consciente de los términos “incluir” y “excluir”. Asegura que no se guerrea “para excluir, sino para incluir” (1:182). También asevera que se obraría “sin recelos y sin exclusiones” (1:275). Afirma que “Hoy, la revolución no es la amenaza ciega de un trastorno irresponsable que augura un régimen de exclusión y de supremacías” (2:297). Enfatiza: “Con el dolor de toda la patria padecemos, y para el bien de toda la patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías” (4: 262). Y recalca que la revolución se haría para el beneficio equitativo de todas las clases, y no para el exclusivo de una sola y que no habría predominio actual o venidero de clase alguna.

Con su espíritu conciliador, se da a la tarea de unir a todos los componentes heterogéneos de la nación cubana, de ahí que sea recurrente el empleo de los términos “elementos” y “factores”, que siempre van acompañados de adjetivos que los califican como complejos, híbridos y desiguales, para describir la situación social que se pretende resolver. También es repetido el uso de expresiones como: allegar, juntar, congregar, ordenar, armonía, ajuste de intereses, acomodar voluntades, el acercamiento de elementos diversos o la fusión de los factores adversos, con lo que resalta el equilibrio que busca entre todos los actores sociales. A Máximo Gómez le aclara que el PRC arranca “del conocimiento sereno de los elementos varios y alterados de la situación de Cuba, y del deseo de equilibrarlos en la cordialidad y la justicia (...)” (2:162). Propone como deber de la política “ir removiendo (...) los elementos de choque y transformándolos (...) en elementos de amalgama” (4: 249). Para salvar a la patria de parcialidades, aclara:

Que de ningún modo queremos promover, ni una guerra parcial de arriba, que deje sin representación suficiente a los elementos populares sin los cuales es imposible, ni en Cuba ni en parte alguna, la revolución, -ni una guerra parcial de abajo; que para hacerse de prosélitos, contraiga compromisos inmorales y funestos con unas clases de la sociedad contra otras, y con las incultas contra las incultas. (2:86)

Opta por el acercamiento de los desdeñosos de Cuba y de los desdeñados, de españoles, criollos, cubanos de adentro de la Isla y de la emigración, de los generales sazonados y de los jóvenes, de los hombres de todas las condiciones y grados de fortuna, de todas las profesiones y oficios, de negros, blancos, artesanos, campesinos y obreros.

Reafirma que la revolución tenía la fuerza de “todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella” (3:140). Combate la tendencia a reducir a los hombres por la ocupación, círculo social o raza, y con orgullo resalta: “El de la profesión está al lado del del oficio, y el del oficio va elegante y culto, porque el amor de la libertad da al hombre, con mayor respeto de sí, mayor respeto a los demás” (2:174). Predica la concordia sincera y equilibrio de todos los elementos indispensables para el éxito de la guerra, y la paz y la prosperidad de Cuba.

Sexta tesis: Conceptos sobre política, partido y pueblo

El Apóstol concibe la política como “el conocimiento del país, la previsión de los conflictos lamentables o acomodados ineludibles entre sus factores diversos u opuestos (...)” (2:214). También establece que ésta es “el arte de fundir en actividad pacífica los elementos, heterogéneos u hostiles, de la nación (...)” (7:58).

Cree en un partido feliz “que no pone de un lado a unos hombres para echarlos contra otros, sino que en la misma inevitable pelea a que los convida, junta en la equidad y en la indulgencia los caracteres e intereses varios en que, con menos amor de humanidad, se pudiera dividir” (2:183).

Defiende: “Y cuando se amasa un partido político (...) para levantar la patria a escuadra y a nivel (...) para poner a la patria independiente cimiento de siglos, -no es un partido en verdad lo que se amasa, sino un pueblo” (2:22). Esta concepción contiene un aporte revolucionario al pensamiento político latinoamericano. Valora que los partidos, para ser durables y arrancar de la conciencia pública, “vienen a ser el molde visible del alma de un pueblo (...)” (2: 35). Establece que “A su pueblo se ha de ajustar todo partido” (3: 139). Concibe al Partido no como bando o secta, ni como encarnación de un grupo, sino del pueblo: “El Partido Revolucionario Cubano, es el pueblo cubano” (1: 366). Y esclarece: “Quien dice un club, dice todos” (2: 17). En cuanto a su concepto de pueblo, precisa que “Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea (...)”; por el contrario, cree que “Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles y puras” (3: 139).

Séptima tesis: Su idea sobre la futura república o república nueva que debía gestarse desde la creación del Partido y durante la guerra.

El Partido Revolucionario Cubano fue una “creación ejemplar” como planteó Marinello, no sólo por su importancia en sí mismo, ni siquiera por tratarse del primer partido político revolucionario en nuestra América, sino también por haberlo conformado como su ideal para la construcción de la república futura que no llegó a vivir. Como él mismo expresa, el Partido expone las ansias de Cuba de “entrar a trabajar en el mundo moderno” (2: 349).

En su labor de ordenamiento y previsión, Martí es consciente de que se trata de cuatro etapas de un proceso: Partido- Guerra- Independencia- República. El Partido prepara; la guerra concreta o realiza la libertad; y una vez en libertad, se consumaría el objetivo final de esa estrategia que consistía en establecer una República digna. Existe un antes y un después de la guerra y Martí prevé que la guerra y el Partido nazcan con los fundamentos que debían cimentar, luego, la república. En la proclamación misma del Partido, ya establece como objetivo: “(...) poner la república sincera en la guerra, de modo que ya en la guerra vaya, e impere naturalmente, por poder incontrastable, después de la guerra (...)” (1: 388). En carta a Federico Henríquez y Carvajal, le confiesa su intención de “contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible (...) todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la República” (4: 110-111).

Anuncia: “La república en la guerra, y después de la guerra: el respeto manifiesto al país en todo lo que concierne al país: la satisfacción oportuna de la justicia para (...) la creación ordenada y cordial de la patria confusa: eso es el Partido Revolucionario Cubano” (4: 331). La guerra, que concebía “generosa y breve” y sólo sería el “procedimiento político”, se regiría de modo que “dé pronto casa firme a la nueva república” (4: 100). Recalca: “La grandeza es

esa del Partido Revolucionario: que para fundar una república, ha empezado con la república. Su fuerza es ésta: que en la obra de todos, da derecho a todos” (2: 278).

En otro momento, reitera: “(...) apareció a su hora el Partido Revolucionario Cubano, constituido con la más celosa república por base (...)” (4:315). En la proclamación del mismo, ya establece como objetivo: “(...) poner la república sincera en la guerra, de modo que ya en la guerra vaya, e impere naturalmente, por poder incontrastable, después de la guerra (...)” (1: 388). En carta a Federico Henríquez y Carvajal, le confiesa su intención de “contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible (...) todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la República” (4:110-111). Resume el propósito de: “Fundar “por una guerra generosa y breve, de espíritu y métodos republicanos, un pueblo nuevo y de sincera democracia (...)” (2: 276).

Aunque el Maestro no elaboró un plan explícito ni una constitución política detallada, sí esboza un programa general de la forma de sociedad que se debía construir después de obtener la independencia. Su proyecto de "república nueva" pudiera parecer una utopía irrealizable; pero lo diseñó con objetividad y previsión. El ideal de república democrática e inclusiva que aspiraba a construir tendría como atributos que la definirían: la democracia, la justicia, la inclusión, la tolerancia, el trabajo, la moral, la cultura y el humanismo. Avizoraba:

“Ni sueño pueril, ni evocación retórica, es lo que tengo ahora delante de mis ojos, sino visión de lo que ha de ser (...) ¡Ah, los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a la labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley, con las palmas de mármol que le vamos a poner de pórtico, nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes, -los sagaces junto a los fanáticos, que son tan útiles como el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios como los buenos, para indignarlos, y levantarlos y sacarles las chispas, -nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ellos, -ajustemos las leyes de nuestra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza, -fundamos en el concepto uno y superior del país común (...)” (4: 264-265).

El 26 de noviembre de 1891, José Martí resume, en su discurso en el Liceo de Tampa, la esencia de su proyecto político: “Y pongamos alrededor de la estrella nueva, esta fórmula del amor triunfante: Con todos, y para el bien de todos” (4: 279). Dos días después queda plasmada en las Resoluciones tomadas por la emigración cubana en Tampa, el 28 de noviembre, su idea de una República de cordialidad “levantada con todos y para el bien de todos” (1: 275). Y el 5 de diciembre plantea en carta a José Dolores Poyo que “la obra política que para el bien de todos se ha de fundar, ha de fundarse con todos” (1: 275).

No son pocos los estudiosos que acentúan como una limitación del pensamiento martiano que no abrazara la teoría de la lucha de clases, lo que no cumple con el principio de que el hecho histórico solo puede valorarse acertadamente si, al considerarlo, se tienen en cuenta las condiciones del lugar y del tiempo en que acaece. Como acuñó Blas Roca, José Martí fue “el revolucionario de la época que le tocó vivir y conducir”. Carlos Rafael Rodríguez lo calificó como “guía de su tiempo y anunciador del nuestro”.

La visión inclusiva de nuestro Héroe Nacional es un resultado histórico intrínsecamente unido al decursar práxico intelectual comprometido de su vida desde su juventud temprana hasta su muerte en combate. Concibió un proyecto que objetivó su idea de una sociedad incluyente en contra del predominio de tendencias marcadas por la exclusión racial, de clase y étnica propias de algunos discursos positivistas de pensadores latinoamericanos del siglo XIX. Su concepción de república con todos y para el bien de todos -centrada en el culto a la dignidad plena del hombre, y en la que cristalizarían sus ideales de libertad política, justicia social y dignidad humana- constituye síntesis de un programa político con pleno contenido social.

Su proyecto no es clasista al no estar mediado por ideologías ni religiones específicas, sino que centra su atención en factores humanos, étnico-raciales y culturales. La concepción sobre la inclusión social en Martí, presenta perfiles filosófico antropológicos que se integran en un núcleo articulador rector: su ethos humanista, dotado de un profundo carácter emancipador. Su pensamiento, profundamente inclusivo en términos sociales, funcionó con transparencia como correlato a su praxis política.

Su visión contiene aportaciones práctico transformadoras para la edificación de una sociedad mejor. Los retos expuestos por Martí todavía tienen obstáculos por vencer. Aún en el siglo XXI los países de América Latina luchan por una sociedad desprejuiciada, sin exclusiones por motivo de raza, etnia o política. Buscar y revelar estas posiciones del Apóstol es una forma de solidificar las urgencias de una filosofía inclusiva y contextual para nuestras realidades.

El principio de la unidad de nuestro pueblo es uno de los pilares fundamentales del legado martiano que ha permitido a la Revolución Cubana superar todas las dificultades y continuar victoriosa frente al asedio del poderoso imperio norteamericano. El octavo congreso del Partido Comunista de Cuba ha centrado su atención en conceptos esenciales como la unidad y la continuidad. Ha enfatizado en que, dado el carácter de Partido único, el nuestro debe ser cada vez más democrático y estar más vinculado a las masas. También ha analizado la importancia de potenciar el estudio, investigación, impartición y divulgación de la historia patria y de fortalecer el conocimiento del ideario martiano. La Constitución de la República también refrenda que nuestro Partido es único, martiano, fidelista, marxista leninista y se sustenta en su carácter democrático. Por su parte, nuestro Comandante en Jefe destacó que el Partido Revolucionario Cubano es el precedente más honroso y legítimo del PCC. Para las presentes y futuras generaciones de jóvenes es vital ahondar en las raíces y en la necesidad de la unidad revolucionaria en torno al Partido.